



Concurso de CUENTOS INFANTILES

Las rayas de tío Paco



Haydée Zayas Ramos
Texto ganador de 2023

Sucedió un domingo cualquiera. Recuerdo que había tanto silencio en el vecindario que le pregunté a papá si era día de fiestas. Mientras él preparaba el desayuno y tarareaba una canción, yo esperaba sentada a la mesa con mi libreta y los marcadores permanentes. Dibujaba un ciempiés que tenía tres patitas más cortas

que las otras. Era parte del cuento que estaba escribiendo. Primero lo molestaban por su defecto. Luego lo amaban porque había salvado a la Escuela Intergaláctica de Insectos cuando fue atacada por unas aves migratorias de otra galaxia.

De pronto, la voz de mamá fue como un rayo y sus lágrimas eran la lluvia.

—¡MANOLO! —gritó ella.
—¿Qué pasó? —preguntó él asustado.

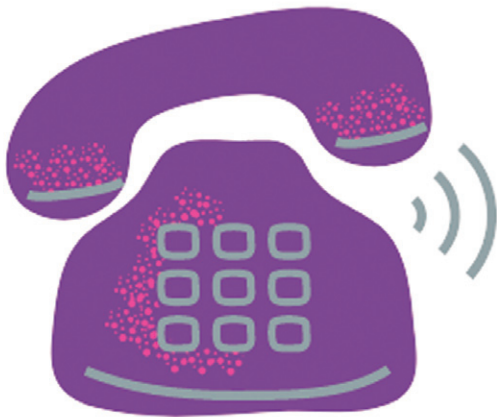
—Me voy al hospital, Paco tuvo un accidente.

—¿Pero cómo? ¿Cuándo? ¿Se encuentra bien?

—No sé. Te llamo cuando esté allá.
Ahora había otro silencio en la casa.

Mi tío Paco es el mejor del mundo. Es quien me da dulces a escondidas y se los come conmigo. Aunque se hayan caído al piso y tengan un poquito de tierra. Él me enseñó a correr bici y a hacer experimentos con una lupa y hojas secas. Fue a tío Paco a quien le mostré la carta que me dieron en la escuela por haber discutido con una nena.

Cuando finalmente sonó el teléfono. Papá dio un salto en el sillón y respondió al primer timbrazo. Yo me acerqué de puntillas para escuchar sin que él se diera cuenta.



—¡En la motora!
Silencio sorprendido.
—¿Muerto de la cintura hacia abajo?

Silencio incrédulo.

—Por supuesto, lo que haga falta.

Silencio triste.

Al terminar la llamada empecé a llorar. Suavecito, sin gemir, para no molestar al silencio.

Durante la semana siguiente yo preparé el desayuno de todos: cereal con leche. Mamá se olvidó de tomar café y papá me llevó a la escuela sin tararear canciones de viejos. Creo que fue el miércoles cuando me dieron la noticia.

—Mila, el tío Paco viene a vivir aquí —anunció mamá.

—¡Urra!

—Vamos a vaciar el cuarto que usamos como oficina y ahí le pondremos su cama de posiciones —me explicó papá.

—Él está delicado. Estará siempre acostado. Pero de seguro le gustará hablar contigo cada vez que pueda —comentó mamá.

Para el jueves ya el cuarto se había transformado, casi como uno de hospital, según oí decir. Cuando llegué el viernes de la escuela, ya tío Paco estaba ahí. Me saqué un grito y salté de la alegría a su cama con todo y bulto escolar. Él reía, mientras mamá gritaba.



—¡Mila noooooo! Lo lastimas.

—En realidad no me duele si me golpeas de la cintura hacia abajo. No siento nada —me explicó con mucha calma.

—Ya sé lo que vamos a hacer para no confundirme.

Corrí a buscar mi libreta y mis marcadores permanentes. Con el naranja le hice una raya gruesa a la altura del ombligo. Le causó gracia. Cuando le mostré la libreta le encantaron mis dibujos.

Esa noche dormí poco. Al otro día me levanté muy temprano y fui directo al cuarto de tío Paco. Quería hablar con él sin que mami ni papi se dieran cuenta.

—Tío Paco —susurré. — ¿Estás despierto?

—Ahora sí —respondió con una sonrisa.

—¿Te puedo preguntar algo?

Sin esperar su permiso, le hablé sobre lo que me inquietaba desde el accidente.

—¿Cómo si estás muerto de la cintura para abajo no estás medio enterrado y sigues en la cama?

—¿Muerto de la cintura para abajo? —repitió él.— No. Solo estoy paralizado. Es complicada la explicación médica.

—¡Ah! Pues yo imaginaba que tendríamos que medio enterrar-te en el patio.

—¿En el patio? ¿En un hoyo hasta la cintura? Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

—Sí. Para poder conversar con tu mitad viva y darte desayuno, almuerzo y comida.

—¡Qué imaginación la tuya! Estaría ahí mojándome, con frío o quemándome por el sol.

—No. Te pondríamos una carpa para proteger a tu mitad viva del sol, la lluvia, la nieve o el viento.

—Ya, vale.

—Luego pensé que las palomas podrían ser un problema, ¿sabes? Si te confunden con una estatua se van a posar en tu cabeza y te cubrirán de caca.



—Tal vez no. Despeinado parezco un espantapájaros.

—¿Y qué hacemos con los gusanos tío Paco?

—¿Cuáles gusanos?

—Es que me imaginé que teniendo las piernas bajo la tierra los gusanos te las van a comer.

—Ja, ja, ja, ja, ja en todo caso me harían cosquillas. Tal vez así volvería a sentirlas. Pero tranquila, ya ves que estoy aquí.

—¡Uf! Eso me tenía asustada y confundida.

Me pareció que por un momento me miró con ojos de pena. Para distraerlo le dije:

—Espera que busco la libreta y te muestro. Diseñé la carpa y la adorné con bombillas y estrellas. Debajo es-



tás tú y al lado una mesa bajita con dulces para que te los comas cuando quieras.

—¡Upa!, todo un lujo.

En segundos regresé con la libreta abierta.

—Mira. No le puse flores para que no se acercaran las abejas o las hormigas y te fueran a picar.

Qué nos reímos con mi ilustración. Es que dibujar caras es difícil, y la de él parecía más una galleta que una persona.

La mirada le cambió a esa que pone cuando quiere hacer travesuras conmigo. Estiró los brazos y poco a poco se subió las patas de la pijama hasta la rodilla.

—Anda, dibújame esos bichos de tu libreta en las piernas, antes de que tu mamá se levante.

—Eres como el ciempiés de mi cuento. Ya verás que al final, salvarás al universo.

¡Vaya obra de arte que le hice! Y sí, mamá se molestó un poco, pero luego se le pasó. La vez que se enojó muchísimo fue la otra.

Le puse una olla en la cabeza como si fuera un casco de motora y el ventilador directo a la cara en la velocidad más fuerte.

—Tío Paco cierra los ojos. Imagina que estás en tu moto. Ahora haz ruido como si fueras a mil kilómetros por hora.

—Brrruuum, brrruuummmmm.

Mientras tanto, yo manipulaba la cama de posiciones con el control remoto. A veces subía la cabeza y bajaba los pies. En otras lo hacía a la inversa, para que sintiera que conducía sobre una cuesta. Al final, le subí la cabeza y los pies hasta casi convertirlo en un sándwich. Pensé que así simularía que cayó en un hoyo en la carretera.

—¿Pero qué haces Mila? —preguntó mamá espantada.— ¡Vas a lastimarlo!

—Déjala. Por unos minutos me sentí completamente vivo.

Estuve una semana castigada. Me prohibieron acercarme al tío. Creo que abusarse solo en la cama no le hizo bien. Empezó a dormir más y a hacer un ruidito al respirar. Me confesó que casi no sentía el pecho. Busqué mis marca-

dores y le hice una raya morada varios centímetros arriba el ombligo.

—¿Sientes algo? —lo interrogué.

—Nada —me aseguró.

Seguí preguntándole y dibujando rayas de colores en su torso hasta que le vi una sonrisita. Creo que sintió cosquillas.

El apetito y las energías para hacer maldades conmigo iban bajando, mientras las rayas en su pecho iban subiendo. Tío Paco se ponía cada vez más flaquito. Llegó un momento en

el que solo podía comer puré. En esa época la raya se iba acercando al cuello. Me preocupé mucho. Entonces recordé la manga pastelera.

—A ver, abre la boca —le pedí a tío Paco.— Vamos, un gusanito de puré.

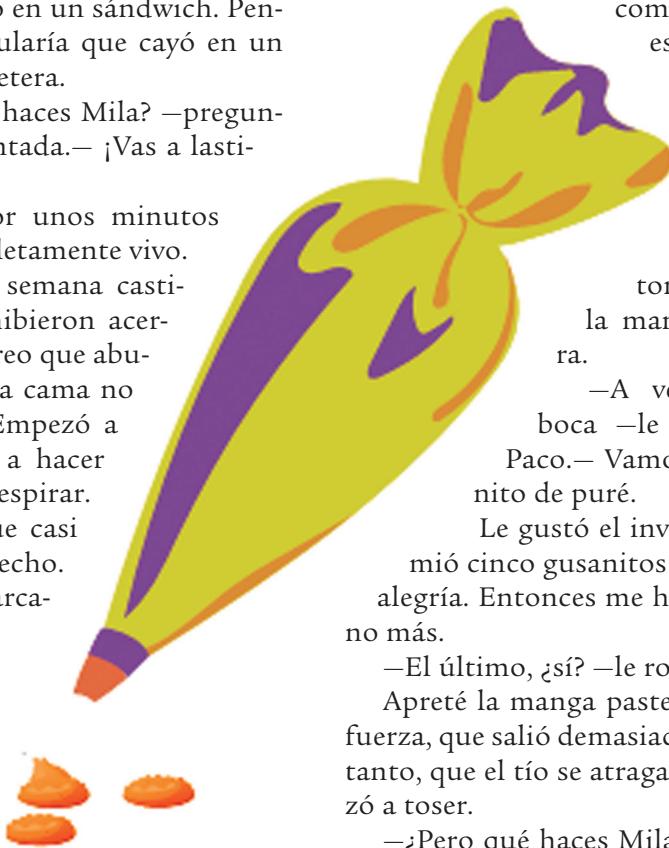
Le gustó el invento. Se comió cinco gusanitos con gusto y alegría. Entonces me hizo señal de no más.

—El último, ¿sí? —le rogué.

Apreté la manga pastelera con tal fuerza, que salió demasiado puré. Fue tanto, que el tío se atragantó y empezó a toser.

—¿Pero qué haces Mila? —preguntó mamá entre asustada y molesta.

—Déjala hermana. Ella se confundió y en vez de darme un gusanito me dio una serpiente. No pasa nada. —aseguró él, en medio de la tos.



Par de noches después, fui a despedirme de tío Paco antes de irme a dormir y no encontré cómo hablarle. Respiraba con dificultad.

—Acércate —me pidió bajito.

Me pegué a su cama y le pasé la mano por la frente para que pudiera sentirla.

—Quiero ser un personaje de tu cuento.

—¿El ciempiés que camina cojito?
—le pregunté con entusiasmo.

—No. El líder de las aves migratorias. Quiero ser un avión común. Me encanta que vuelan entre España, África y Asia. En vez de moto, tendré alas. Podré sentir el viento en la cara.

—¿Y te comerás a mi ciempiés?

—¡No! El avión común solo come insectos que vuelan.

—¡Maravilloso! Entonces salvarás al mundo de las cucarachas voladoras —le comenté alegre.

Nos reímos a carcajadas. Luego se puso serio. Estuvo en silencio un

buen rato. Yo no encontraba cómo decirle que se me estaban cansando las piernas. Él suspiró.

—¿Sabes qué? Pienso que es hora de que me dibujes una raya muy gruesa sobre los ojos.

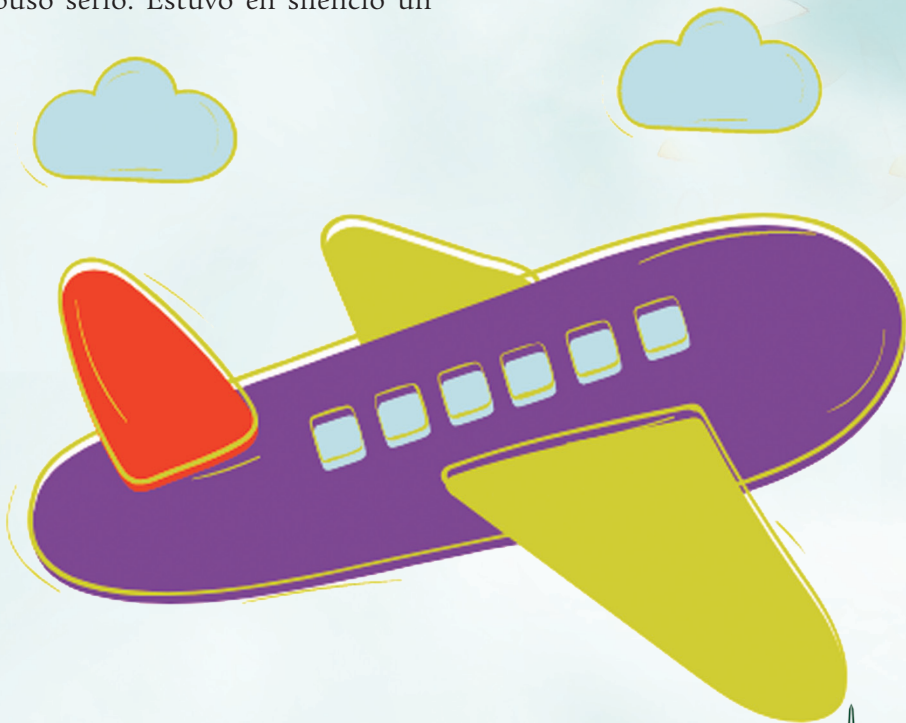
Me tiró un beso y se acomodó en la almohada. Tenía esa cara que uno pone cuando ha cenado algo muy rico y se está saboreando el postre. Tranquilo, satisfecho.

Busqué el marcador azul y me di a la tarea. La mano me temblaba y la línea no quedó tan derecha como las otras.

A la mañana siguiente, mamá se veía triste cuando abrió la puerta de mi cuarto para decirme algo.

—Ya sé —susurré.

Y seguí dándole los toques finales al personaje: Avión Supersónico, líder de una banda buena.





Concurso de CUENTOS JUVENILES

El niño que tenía miedo de los amaneceres



Natalia Coello Galán

Texto ganador de 2023

Si os digo la verdad, no sé cómo empezar a contar esta historia. Me llamo Daniel, tengo 14 de años y soy de un pueblo muy pequeño en la costa de España. Hace mucho que no voy por allí, ya que hace unas semanas me diagnosticaron DIPG. No creo que sepáis lo que es, yo tampoco lo sabía.

DIPG es un tipo de tumor en el cerebro que no tiene cura. Mis padres me intentaron explicar más cosas, pero siendo sincero, no las recuerdo. Mi

vida en los últimos meses ha sido bastante mala. De hospital a hospital y así continuamente, hasta que llegamos a Murcia. Ya no puedo montar en skate, no puedo ir a la piscina, no puedo comer pizza... Hay tantos “no puedo” que dudo de si en verdad hay algo interesante que pueda hacer ahora.

Sin embargo, no os empecéis a amargar, porque ya os estoy viendo las caras. Esta historia no va de llorar. No va de mis tratamientos, ni del hospital, ni del cáncer. No va de “pobrecito el

niño enfermo”, aunque se que en el fondo lo pensáis.

Y es que, aunque no lo creáis, aunque os resulte demasiado sencillo para ser real, esta historia sólo va de un niño y un amanecer.

Parte 1: Los 23 escalones.

Todo empezó un lunes cualquiera. En la vida hay días de hacer cosas y días de no hacer nada. Ese lunes era día de hacer cosas. Justo acababa de terminar de comer en casa de mis abuelos y mis madre me estaba llevando a terapia en el coche.

- Daniel ¿Vas a venir hoy al cine? Van los primos. Te podemos llevar si quieres. - Me dijo mi madre pensando que a mi me iba a apetecer ir a ver una película para niños de 6 años.

- No mamá, he quedado con Lucas luego. Va a venir a casa a jugar a la Nintendo.

- Cariño deberías pasar más tiempo con los primos, hace mucho que no...

- Mamá no quiero ir al cine. Ya he quedado.

Mi madre aceptó la derrota y seguimos el resto del trayecto escuchando a “The Score” en silencio.

En terapia me dijeron que lo estaba haciendo muy bien, y que estaba mejorando, básicamente como me habían dicho todas las veces que había ido antes. Sé que lo dicen por hacerme feliz, pero yo ya no soy un crío. Debido al tumor, mis movimientos son cada vez menos precisos. No puedo agarrar esto bien, no puedo sostener la pierna bien, no puedo, no puedo y no puedo... Mi lema últimamente. Por eso mi madre me lleva en silla de ruedas.

El resto del día no fue nada del otro mundo. A las 17.00, como había prometido, llegó Lucas al apartamento. Lucas es mi mejor amigo desde que tenemos 3 años. Nuestras madres eran amigas y siempre nos íbamos de vacaciones juntos, por eso habían decidido venir a visitarme a Murcia. Él es el hijo que toda madre querría tener, la verdad. Se saca unas notazas, juega al tenis, tiene un montón de amigos, toca la guitarra... en fin, Lucas.

Luego estoy yo, que lo más lejos que he llegado en la vida ha sido en el club de natación de mi pueblo, y eso que no he ganado ni una competición.

Oí a Lucas saludar a mis padres y subir por las escaleras hacia mi habitación. Se escucharon tres golpecitos y ahí estaba. Su mítico pelo negro y rizado asomando por el marco de la puerta.

- Ey, ¿Qué tal todo? ¿Ya has terminado de hacer la exposición? - Tenían que entregar una exposición para el martes. Yo ya no voy a clase, pero si hubiese ido, la hubiese hecho con Lucas.

- Si tío, que aburrido, a nadie le interesan los métodos de recolección de minerales.

- No mientas, seguro que has buscado hasta películas sobre eso.

- Alguna que otra -dijo guiñándome el ojo. - Oye menuda mansión ¿No? Yo no pensaba que fuese a ser tan exclusiva.

- Ya ves, ya sabes lo que tienes que hacer si quieres una.

- Que tonto eres Dani. - me dijo tirándome un cojín. Mi cuerpo ya no funcionaba como antes, así que no lo pude atrapar y me dio en toda la cara.

- Adiós perdón, no pretendía...- hubo una pausa y acto seguido nos empezamos a reír como condenados. Era todo tan surrealista que no lo podía creer.

Estuvimos horas jugando a la Nintendo. Era lo único que me había traído del pueblo. Llevaba sin tocarla años, estaban los botones desgastados y se atrancaban un poco cuando los pulsabas.

Hubo un momento en que nos quedamos sin juegos a los que jugar y Lucas tomó la decisión que hizo que esta historia existiese. Vosotros no habríais tenido el placer de conocerme de no ser por su estupidez.

- Voy a meterme en la galería, a ver que selfis te hacías con 10 años.

- Lucas por Dios, seguro que estoy horrible.

- Que no, que no, que yo no me voy sin verte en el pijama de coches ese que llevabas.

- Era horroroso. Dame la Nintendo. - Entre carcajadas intenté quitársela, pero él tenía ventaja, obviamente.

Lucas se metió en la galería y miles de fotos de mini yo aparecieron al instante. Todas tenían una calidad pésima, pero a cada cual más humillante. Yo lavándome los dientes con una chuche en forma de cepillo, yo en bañador posando para hacerme el fuerte, yo comiendo espaguetis con la boca llena de tomate, yo mellado y jugando al parchís...

- Que guapo eras tío, en parte lo conservas eh...

Le quité la Nintendo y vi la foto que aparecía en pantalla. La foto que me llevó a tomar la mejor decisión de mi vida. La foto que empezó todo.

- ¿Qué es? - Dijo acercándose para verla.

- Somos tú y yo. Ahí es donde solíamos ir a ver las estrellas. - Estaba donde

el viejo teatro, esa parte de la ciudad se convirtió en un aeropuerto para drones y eso. Era la orilla de un lago. Se veían genial las estrellas.

- Ah, ya me acuerdo, la historia esa sobre el perro de aquella niña.

- Sí, el perro de Noah. - Había una historia que contaba que una niña pequeña había salido a pasear al perro y que, en un momento dado, el animal voló sobre ese lago hacia el amanecer. Se convirtió en una estrella. Entonces la niña corrió sobre el agua y atravesó el amanecer hasta llegar a la estrella, y desde entonces yacen juntos en el cielo. Por eso si mirabas con atención, se podía ver una estrella azul al lado de una roja, que eran supuestamente la niña y el perro.

- ¿Te imaginas que vamos allí y te pones a volar como una paloma? - No puede tener peor humor, me entraron calambres de la risa.

- Eres lo peor que hay Lucas.

- Lo sé, por eso somos amigos.

Nos tumbamos viendo fotos hasta que llegaron las 2 o las 3 de la mañana. Estábamos tan cansados que no decíamos nada que tuviese sentido.

- ¿Sabes? En verdad me gustaría volver allí.

- ¿Al lago ese? Seguro que está lleno de basura. Ya sabes como son los de nuestro pueblo.

- Ya, pero, no es eso. Me gustaría volver para echarnos otra foto. Otra como esa de la Nintendo.

- ¿Quieres ir una hora en coche solo para sentarte en el pantano medio seco ese?

- Iría, pero mis padres no me dejarían.

- Pregúntaselo, lo mismo dicen que...

- No Lucas. Mis padres no me dejan

hacer nada. Soy como una burbuja de jabón, en cualquier momento hago PUM y desaparezco. Mírame, estoy muy cambiado.

- Yo te veo igual.

- No mientas tío. Sigo teniendo el mismo pelo, pero ya está. Estoy super hinchado de tanto medicamento, parezco una ardilla. Pálido como un vampiro y apenas puedo vocalizar como antes. Ni siquiera podría bajar la cuesta del lago para llegar abajo.

- No seas tonto, claro que podrías. Poco a poco Dani. Estás enfermo, pero no estás muerto.

Eso era algo que a veces me tenía que recordar a mi mismo. No estaba muerto. No me había ido todavía. Era difícil establecer una diferencia entre ambas cuando estabas tan, tan cerca.

- ¿Y si te llevamos nosotros? ¿Crees que te dejarán?

- Ni de broma. Mis padres nunca me dejarían saltarme una sesión de terapia o algo así. Se creen que me va a aumentar la esperanza de vida 7 años solo por conseguir darle una patada a un balón de espuma.

- Espera y si... ¿Y si les dices que se vengan a mi casa, tan solo por un día, y así nos podemos escapar para verlo?

- Pues, no se yo.

Sin embargo, como os estáis imaginando, tras una insistencia muy profunda mis padres aceptaron. De la alegría subí los 23 escalones de la casa de Lucas por mí mismo. Me sentía un deportista de élite.

Parte 2: El camino de los sauces.

Tal y como habíamos planeado, Lucas y yo nos levantamos a las 5 de la mañana.

Se tardaba apenas media hora andando en llegar al lago, pero entre que él me arrastraba y que bajábamos la cuesta, podíamos estar una hora y media fácilmente. Mis padres se levantan alrededor de las 9 o 10 así que para cuando abriesen el ojo, ya estaríamos allí. Parece una locura, pero era el tipo de cosas que Lucas y yo hacíamos hasta que se metió el señor DIPG de por medio. Tenía ganas de volver a las andadas.

- Lucas por Dios haz menos ruido.

- Lo intento, pero este chisme chirria como un condenado.

Conseguimos bajar la silla de ruedas abajo y por fin salimos. Llevaba la consola en la mochila, un par de refrescos y patatas fritas. Lo siento mamá, prohibido llevar zanahorias esa noche.

Ya íbamos por las afueras cuando Lucas me preguntó:

- Seguro que te lo han preguntado muchas veces, pero... ¿Qué se siente?

- ¿Al tener un tumor incurable? Nada bueno. - Dije riéndome. Sin embargo, Lucas parecía querer algo más concreto.

- No, pero, en qué piensas digo. ¿No te asusta?

- A veces. Es raro. Yo no pienso que me voy a morir, porque no tiene sentido pensarlo. Simplemente lo sé, ¿Sabes? - Pasamos al camino de tierra que conducía al lago. Nos quedaría una hora o así. - A mi no me molesta morirme.

Esa fue una frase que me resonó en el cerebro después de decirla. A mi no me molesta morirme. No es una carga. No es mi pesadilla diaria. No pienso en ello.

- Te entiendo. Total, todos nos vamos a morir tarde o temprano.

- No es sólo eso. Es obvio que todos nos moriremos, pero lo que no entiendo es por qué la gente me mira con esos ojos. Con ojos de condescendencia. Con

ojos de pena porque creen que no voy a vivir una vida feliz.

- ¿Y tú que crees?

- Que he vivido lo que me ha tocado vivir. Eso es lo que creo. Igual que todo el mundo. ¿Por qué mi vida no puede ser feliz aun teniendo la edad que tengo? ¿Por qué tienen que estar todos constantemente intentando salvarme de algo inevitable?

- A ver ya Daniel, pero, supongo que quieren que tengas pareja, una familia, hijos, que trabajes, que conduzcas... esas cosas que suele hacer la gente cuando crece.

- Sí, lo entiendo, pero a mí me gustaría decidir cómo pasar el resto de mi vida. No quiero estar en un hospital rodeado de médicos hasta las 4 de la mañana. No quiero pasarme un día entero intentando mover el brazo derecho. No quiero tener que comer espinacas y agua en vez de una pizza.

Habíamos llegado al camino de los sauces llorones. Se alzaban ante nosotros como gigantes, meneando las hojas en forma de saludo.

- ¿Te acuerdas cuando cogíamos ramas de los sauces y fingíamos que eran varitas de magia? - Dijo Lucas con un nudo en la garganta. Intuí lo que estaba a punto de pasar.

- Sí, como olvidarlo. Yo siempre te lanzaba el Avada Kedavra, como en Harry Potter.

Se creó un silencio durante al menos 10 minutos. Yo ya sabía que Lucas estaba llorando. No le dije nada. No había nada que pudiese decir que fuese a mejorar la situación. En cierto sentido, me conmovió.

- Perdón por ser tan ñoño, es que no quiero perderte Dani. - Me di la vuelta y me reí de lo sonrojado que estaba por

haber dicho algo que sale del corazón.

- No me vas a perder. Yo siempre estaré ahí. Cada vez que ganes un torneo, cada vez que escuches “The One That Got Away”, cada vez que veas nuestras fotos juntos, cada vez que juegues al Mario Kart... Desde siempre y para siempre.

- Ya, pero no sé si voy a poder hacerlo solo. No sé cómo voy a volver a clase sabiendo que no estás para pasarme chuletas...

- ¡Eres un imbécil! - Y esa era nuestro tipo de amistad. Siempre risas, aunque no hubiese motivo para ello.

Seguimos nuestra conversación sobre cosas profundas. Cosas que todos nos preguntamos pero que no solemos comentar con nadie. Os asombraría saber la de opiniones que hay si estuviésteis dispuestos a conocerlas. Lo malo es que no todo el mundo sabe respetarlas.

Parte 3: El primer día del resto de mi vida.

Llegamos al lago a las 6:15 de la mañana, bastante antes de lo que me hubiese imaginado. Sólo se veía la luz del móvil y el reflejo de la luna en la silla de ruedas. Bajamos la cuesta poco a poco y me caí un par de veces. Lucas me llevó a cuestras el último tramo, ya que era muy empinado.

Por fin nos sentamos en la orilla del lago y pudimos descansar. No hacía demasiado frío y los grillos cantaban de fondo. Nos abrimos las patatas fritas y los refrescos.

- Dani, si tu pudieras darme un consejo ¿Cuál sería? Uno que quieres que recuerde para siempre.

- Pues... yo que sé Lucas, sigo siendo igual de tonto que antes eh, que por estar

al borde del hoyo no me he vuelto más sabio de repente. - Le saqué una sonrisa.

- Es verdad, es sólo que me gustaría tenerte para siempre. Como en los dibujos animados que hay un angelito que se te posa en el hombro para darte consejos.

- Sería un ángel guapísimo no te lo voy a negar - Le tiré una patata - Pero no sé. Supongo que lo único que te puedo decir es que vivas como si mañana no fueses a ver el amanecer. Yo me levanto cada día y al verlo, me da un poco de... no sé... miedo. No sé si va a ser el último. Puede que sí o puede que no. Lo que quiero decir es que hagas tu vida como te gustaría hacerla. Que cuando no veas la salida, pienses sólo en seguir poniendo un pie delante de otro, así hasta el final. Porque tú vas a ser una buena persona Lucas. Te conozco. - Te voy a echar mucho de menos Dani.

- Ya lo sé. Soy el tipo de persona al que se le echa de menos.

Y así esperamos hasta las 6.47 y apareció el amanecer. Era el más bonito que había visto nunca. Lucas y yo nos echamos la foto y, aunque sé que él no estaba todo lo feliz que hubiese querido, yo lo estaba.

Viví muchos, días más y al final, cuando tocó despedirse de verdad, Lucas me

acabó convenciendo en eso de darle un consejo. Pero como yo soy narcisista y orgulloso, le di 7. Las 7 reglas que Dani le obliga a seguir a Lucas:

1. Sé todo lo amable que puedas ser, incluso cuando no te apetece serlo. Eso te hará mucho más feliz.

2. Escucha todas las opiniones que puedas, incluso si no las compartes. Ser una persona cerrada de mente significa vivir sin sentido.

3. Cuando conozcas a alguien y le hables de mí, me vas a presentar con la foto que nos tomamos en carnaval en la que yo estaba disfrazado de Bob Esponja.

4. Viaja y conoce gente fuera de este pueblo, vas a ver todo lo que me hubiese gustado ver.

5. Sigue riéndote incluso de cosas que no tienen gracia. Creo que ese es el secreto de la vida. Yo estaré ahí, en cada carcajada.

6. Manda a freír espárragos a todos esos que no sepan ver lo que hay dentro de ti. Vales mucho más de lo que ellos pueden llegar a ver. Eres mucho más de lo que tú puedes llegar a ver.

7. La última regla, la más importante, la que debes seguir sí o sí: nunca pero nunca, le tengas miedo al amanecer.

